

Clamor por la vida: la espiritualidad del tercer mundo*

Declaración de la tercera asamblea general de la Asociación ecuménica de teólogos del tercer mundo, Enero 5-16, 1992, Nairobi, Africa.

Clamor, clamor, clamor por la vida

Por los vivos, por los muertos.
Por el desierto, por el mar.
Peces envenenados, pájaros con alas rotas,
poetas sin palabras,
cantantes sin canción.

Clamor, clamor, clamor por la vida.
Por los niños, peleando en la calle,
jugando con juguetes, pistolas y granadas.
Por las madres afro-americanas, llorando de tristeza,
contemplando la suerte de sus hijos.

Clamor, clamor, clamor por la vida.
Por nativos en las Américas, guardianes de sabiduría,
mirando el sol, sin poder bailar.
Por jóvenes jamaíquinos, cautivos en Babilonia,
queriendo regresar, pero no hay tierra prometida.

* Ofrecemos el siguiente texto, ligeramente editado, que nos fue enviado recientemente para su publicación por la Asociación ecuménica de teólogos del tercer mundo.

Clamor, clamor, clamor por la vida.
 Por los indígenas Dalits, extraños en su propia tierra,
 día tras día, enterrando los centenares que mueren.
 Por los refugiados, exiliados en la diáspora,
 sobre el sauce, guindan sus arpas y suspiran.

Clamor, clamor, clamor por la vida.
 Por los campesinos que producen nuestro alimento,
 pero se acuestan con el estómago vacío.
 Por los trabajadores que giran la rueda,
 pero llevan cargas pesadas sobre sus espaldas.

Clamor, clamor, clamor por la vida.
 Por el coraje, por la esperanza, por el bosque, por el arroyo.
 Los cuerpos podrán morir, el espíritu nunca muere,
 en nuestra lucha cantamos,
 en el amanecer de un nuevo día gritaremos de alegría.

Introducción

La tercera asamblea de la Asociación ecuménica de teólogos del tercer mundo (EATWOT) tuvo lugar en el Centro de conferencias metodistas en Nairobi, Kenya, del 6 al 13 de enero de 1992.

Tanto para los miembros de EATWOT, como para los amigos y los observadores, fue una ocasión histórica. EATWOT nació aquí en Nairobi en 1975 y fue inaugurada en la Universidad de Dar Es Salaam un año después. Es gratificante constatar que después de quince años de crecimiento, tanto en membresía como en programas, EATWOT regresa de nuevo a África.

La asamblea se reúne en un momento en que el tercer mundo en general y África en particular están atravesando por cambios sin precedentes. Los pobres y marginados han descubierto su poder común, y el impacto de su clamor por la vida está abriendo caminos para poder participar en los procesos históricos y en la toma de decisiones. A través del continente africano se ven claramente signos de esperanza, desde El Cabo hasta El Cairo. Ya han ocurrido —y continúan ocurriendo— cambios esperanzadores en Sur África, Zimbawe, Angola y Kenya.

Pero estas señales de esperanza van acompañadas también de nuevos problemas y frustraciones: conflictos étnicos en Sur Africa, Somalia, Sudán y Liberia, la guerra que continúa en Mozambique con el consiguiente éxodo de refugiados y de personas desposeídas, la intervención extranjera en asuntos internos, el empeoramiento de las condiciones económicas, la explosión demográfica, el aumento del SIDA, la deforestación, el crecimiento de la brecha entre los ricos en el norte y los pobres en el sur, por un lado, y por el otro, entre los políticos del tercer mundo que transfieren recursos nacionales a bancos extranjeros y se aferran al poder, y el creciente empobrecimiento del pueblo.

El encuentro de los miembros de EATWOT de Asia, América Latina, el Caribe, de americanos nativos y minorías de Estados Unidos en el continente africano, junto con amigos y observadores desde hace muchos años provenientes de otros países, ha sido una fuente de ánimo para los teólogos africanos que reflexionan sobre los problemas de su propio continente. Les ha dado la fortaleza para expresar con más fuerza su clamor: el clamor por la vida, y la vida en abundancia.

El clamor del tercer mundo no es un clamor de pasiva resignación ante la realidad de la muerte. Es, por el contrario, un clamoroso testimonio de la pervivencia de la vida. El clamor por la vida no es un clamor de desesperación, de tristeza, de desesperanza o de dolor. Es, más bien, un clamor que niega la victoria a la tortura, a la detención forzosa, al hambre y al poder militar. Es un clamor por pan, arroz, agua, tierra, vivienda, trabajo, atención médica, y por todo lo necesario para que la vida pueda dar fruto.

El clamor del tercer mundo surge en verdad de la miseria y de situaciones en las que acechan las fuerzas de la muerte, fuerzas que, cada año, llevan a la muerte a miles de niños por enfermedades relacionadas con la desnutrición. Y todo ello ocurre mientras en otras partes del mundo se desperdicia la comida, se bota la leche y el trigo. De esa forma, se quitan recursos de la boca a quienes los necesitan para sobrevivir, y todo ello para que unos pocos puedan permitirse una vida de lujo y continúen produciendo armas para la aniquilación.

El clamor del tercer mundo surge en medio de políticas de tortura, asesinatos y desapariciones de mujeres y varones con las que gobiernan los poderosos, quienes, al mismo tiempo, continúan agrediendo a sus pueblos con guerras. El clamor surge de estructuras diseñadas para someter, marginar y aniquilar a través del desorden de las prioridades, de políticas agrarias equivocadas, de acuerdos comerciales injustos, de manipulación económica y presiones inhumanas, practicadas e impuestas de manera brutal y sutil por el neocolonialismo y el imperialismo internacionales del dinero, acumulado con atrocidades, crueldad y robo durante la era de colonialismo militar. El clamor surge de lugares en que diariamente mueren personas por proclamar que los pobres tienen derecho a vivir, por creer que los niños tienen derecho a comer y por decir que hay que

practicar la justicia. El clamor surge de situaciones de dominación transnacional, que encuentra aliados en nuestro propio medio.

El clamor por la vida del tercer mundo es un único clamor, un clamor multinacional que expresa las muchas formas en que la opresión atenta contra la vida del tercer mundo. Es el clamor de países que protestan contra el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial por la esclavitud económica a la que los someten. Es el clamor de la naturaleza en contra de la devastación tecnológica. Es el clamor de culturas religiosas oprimidas por las culturas dominantes. Es el clamor de inocentes, masacrados por las bombas de la sofisticada tecnología de guerra. Es el clamor de refugiados, de niños, de desposeídos y de infectados de SIDA. Es un clamor también en contra de la discriminación de los homosexuales, de los que sufren opresión económica, de las mujeres obligadas a prostituirse, de las víctimas del abuso de drogas, de las políticas injustas del sistema médico. Es el clamor de los negros en contra del *apartheid*. Es el clamor de los dalits en contra de la opresión de castas. Es el clamor de las mujeres en contra de la dominación patriarcal y de la violencia sexual.

Esta urgencia de escuchar y responder al clamor por la vida del tercer mundo es lo que trajo a EATWOT a Nairobi. Nos hemos encontrado aquí para escuchar los desafíos de ese clamor. ¿Qué significa este clamor para nuestra espiritualidad? ¿Qué dice ese clamor sobre Jesús? ¿Qué implicaciones tiene para nuestro compromiso? EATWOT se reunió en Nairobi para proclamar vigorosamente que, aun en medio del "nuevo orden mundial", del racismo, del sexismo y del capitalismo, Dios no ha desaparecido. Dios no le ha fallado al pueblo del tercer mundo. ¡Dios está *presente* en el clamor por la vida del tercer mundo!

Estructuras de opresión

Las estructuras de opresión que permean nuestro mundo son de todo tipo, globales y locales, externas e internas. Estamos enfrentados a una nueva coalición de fuerzas que lo controla todo, la economía y la política, los sistemas mundiales de información y de comunicación. Todo ello configura un sistema de seguridad internacional, al que tiene que adherirse cualquier país del tercer mundo. Estamos bajo el control de una economía de mercado, que está manejada directamente por las instituciones financieras de los países poderosos. Es un hecho que la situación de los pobres y de los socialmente incapacitados no mejorará bajo este sistema económico. Y ya que la creciente globalización de la economía de mercado parece ser inevitable, hay que preguntarse qué medidas podrán prevenir sus efectos catastróficos sobre los pobres y marginados, pues los acontecimientos de los últimos años nos hacen dudar de la eficacia de las actuales medidas de ajuste estructural.

Por otra parte, las instituciones mundiales están íntimamente relacionadas

con los procesos políticos. La desaparición de la guerra fría y el resquebrajamiento del sistema socialista en Europa han creado una situación en la que la política mundial tiende a estar cada vez más en manos de un solo poder, el cual se sostiene gracias a un militarismo agresivo que está dirigido principalmente contra el tercer mundo. En efecto, en las nuevas configuraciones militares y políticas, los pobres del tercer mundo se han convertido en una realidad desechable. Esta es la realidad que nos lleva a pensar que el nuevo orden mundial que está emergiendo es un orden anti-pueblo y anti-vida. Al reunirnos en este año de 1992, año que marca el 500 aniversario de la conquista colonial, somos dolorosamente conscientes de que los tentáculos del poder aún son, de una u otra forma, coloniales.

El colapso de los socialismos históricos en Europa oriental y la Unión Soviética suscita preguntas sobre posibles alternativas, que, por otra parte, son urgentes para el desarrollo del tercer mundo. Es claro que las principales causas del fracaso del socialismo histórico son las formas no-democráticas de gobierno, la imposición de una economía centralizada, la negación del derecho del pueblo a participar, la negación de su identidad étnica y cultural, y la negación de su libertad para el propio desarrollo. La crisis actual la han desencadenado todos aquellos que proclaman y luchan por sus derechos y su libertad en contextos en que pervive una estructura imperialista.

El colapso del modelo histórico del socialismo, sin embargo, no significa la muerte de los valores, las metas y las utopías del socialismo. Sin importar cuán ambiguo haya sido el socialismo histórico, algunos de sus logros no pueden ser ignorados, como, por ejemplo, los avances en la democracia económica y en la eliminación de la pobreza absoluta, la educación y salud para todos, el empleo y el desarrollo de las ciencias y el deporte. Esperamos que estos logros se mantengan en medio de los cambios actuales.

Nuestro análisis del contexto global sería incompleto si no nos fijásemos en la creciente división entre nuestros propios pueblos en el tercer mundo y en la violencia recíproca de los unos hacia los otros. Esto es, en gran parte, resultado de la interiorización de los valores de agresividad de las sociedades dominantes. Nuestras élites perpetúan su dominación sobre las mayorías, acrecentando la miseria de los pobres. Entre nuestras instituciones religiosas en muchos lugares hay iglesias que tienden a ser elitistas, racistas y sexistas. La mayoría de estas iglesias han perdido su credibilidad moral para poder responder al clamor del mundo por la vida.

Corrientes emergentes

A pesar de lo dicho, nuestra situación no es de total desesperanza y desánimo. Vemos también los movimientos del pueblo y su resistencia ante la opresión. Existen movimientos que defienden su esperanza y su vida. Ellos son los

que otorgan inspiración y visión a una nueva forma de vida.

a) La irrupción de la mujer: un clamor por la vida

Durante muchas décadas, las mujeres del tercer mundo han sido participantes activas en las luchas por la justicia, por los derechos humanos, por la libertad económica y política, y también han estado activas en la promoción de la integridad de la creación. En los años 70 surgió una nueva ola de activismo cuando mujeres de Asia, Africa y América Latina, y las minorías de Estados Unidos, empezaron a identificarse como mujeres y a nombrar las formas específicas de violencia y marginación en que viven, a la vez que mantenían su solidaridad activa y su apoyo crítico a las luchas de otros grupos oprimidos en su sociedad. Sin embargo, la desilusión con los procesos y movimientos políticos que no reconocían las formas de opresión sexual que experimentan las mujeres hizo necesario algún tipo de existencia autónoma y una agenda de acción enfocada hacia la mujer.

A partir de estas experiencias las mujeres han articulado nuevos paradigmas de análisis social y político y han descubierto que las formas tradicionales de entender la sociedad no son adecuadas. También han aportado una fuerte crítica a un modelo de desarrollo, centrado en Europa, y han denunciado los múltiples sufrimientos que produce, particularmente en las mujeres y los niños del tercer mundo. Las mujeres buscan una nueva antropología, una nueva forma de entender lo que significa ser un ser humano. El patriarcalismo ha quedado identificado como sistema de subyugación, pues sus raíces, entremezcladas con otras estructuras patriarcales, han legitimado formas escandalosas de deshumanización de mujeres y hombres, mientras que ha sido violado el derecho de la mujer a su propia identidad.

Las mujeres pueden experimentar la violencia en su contra de varias formas. A veces la violencia es directa y hasta brutal, como ocurre en la violación, el incesto, la agresión en el ambiente doméstico, la prostitución, especialmente la relacionada con el turismo, la industria de la diversión y el descanso del personal militar masculino, y también la violencia relacionada con ciertas prácticas religiosas y culturales. Esta violencia directa contra la mujer llega hasta abusar de su cuerpo a través del uso de tecnologías médicas —sobre todo en estado de experimentación—, especialmente tecnologías de reproducción, y a través de la utilización —sin ningún freno— de mujeres del tercer mundo para probar nuevas fórmulas farmacéuticas. En algunos casos ha habido campañas obligatorias —a veces furtivas y masivas— de esterilización de mujeres en el tercer mundo.

No pueden detectarse con la misma facilidad otras formas de violencia más sutiles a las que están sujetas las mujeres, pero han estado corroyendo durante siglos el estado psíquico de la mujer y desgastando su autoestima. Esto se manifiesta de varias maneras, como en la negación del derecho de la mujer a

autoexpresarse desde su propia sabiduría, y de expresarse desde una perspectiva diferente de la dominante, o simplemente silenciándola. La opresión de la mujer en la religión patriarcal, incluido el cristianismo, el lenguaje y la interpretación androcéntrica de las Escrituras, así como la marginación que las mujeres experimentan en la Iglesia, constituyen otras manifestaciones de la misma sutil violencia.

Pero hay también esperanza. Las mismas mujeres afirman que no serán silenciadas, y procuran, al mismo tiempo, recuperar su propia historia y herencia, y celebrar su propia riqueza religiosa y espiritual. Hay esperanza porque los paradigmas teológicos feministas, integrales y centrados en la creación son importantes para potenciar las comunidades y para sanar la relación —rota ahora— entre la humanidad y la creación. Hay esperanza en la solidaridad de las mujeres de todo el mundo contra cualquier estructura o sistema que atente contra sus derechos.

b) Movimientos populares negros

Los movimientos de “derechos civiles” y de “poder negro” de los 60 fueron movimientos de resistencia contra el racismo blanco en Estados Unidos de América. Los negros pobres se rebelaron para afirmar su dignidad y luchar por la libertad. La fuente de su resistencia ha sido su espiritualidad, y su esperanza está en el poder de decir “no” a la muerte, “sí” a la vida.

En Sur Africa la lucha anti *apartheid* ha dado a luz al movimiento de “conciencia negra”. Negros en Sur Africa han dado pasos para convertirse en sujetos autónomos de su historia. Por otra parte, el actual movimiento de democracia liberal en Africa no es visto como un movimiento en favor de la vida. Los pobres tendrán cada vez menos poder, estarán alienados de su tierra e inmersos cada vez más en una cultura de la violencia. En este contexto hay que entender la indignación y la resistencia de los jóvenes contra la marginación.

Mujeres negras ya han empezado a articular la opresión multi-dimensional en contra de lo negro. Para ellas no se trata simplemente de un asunto de *raza* o *clase*, sino también de género. Las mujeres negras están diciendo “no” a la opresión racista, clasista y patriarcal, y “sí” a la libertad para todo el pueblo negro. Mujeres y varones negros en la diáspora están diciendo “sí” a la riqueza de su herencia cultural negra.

Las teologías negras han surgido como resultado del desarrollo de la “conciencia negra” en la diáspora, particularmente en Estados Unidos y Sur Africa. La teología de la liberación negra (Estados Unidos) continúa hoy articulando el mensaje potenciador del evangelio de Jesús en las luchas de los negros y de otros pueblos oprimidos en todo el tercer mundo. Los negros pobres creen en el Dios de vida, quien afirma su dignidad y les da fuerza para luchar contra los poderes de la muerte.

En Sur Africa, la teología negra se ha enfrentado a una tarea cuesta arriba en estos diez años en los que se ha dedicado a capacitar al pueblo negro a redescubrir su humanidad, dada por Dios y negada por los blancos, cristianos y teólogos blancos. A la teología negra (Sur Africa) le ha tocado responder, además, a otras inquietudes y problemas, y ha reflexionado con radicalidad sobre cristología y eclesiología, mientras que su contexto sigue siendo el compromiso antiapartheid y antirracista.

Aun reconociendo que su presencia es todavía poco perceptible dentro del movimiento negro, las mujeres negras están desarrollando su propia teología. Están intentando articular el significado de Dios, Cristo, la Iglesia y la cultura desde su propia perspectiva. "La teología de la mujer" (Estados Unidos) y "la mujer en la teología" (Africa) son manifestaciones significativas de este movimiento.

c) Movimientos y religiones indígenas

Quienes han sido los más oprimidos y desposeídos durante los últimos 500 años emergen ahora como una gran fuente de nueva vida y energía. Los pueblos autóctonos de nuestro tercer mundo, llamados indios o indígenas en el continente americano, están emergiendo con nuevas propuestas de vida, que cuestionan radicalmente la sociedad, la Iglesia y la teología moderna. Aunque estos pueblos han sido continuamente explotados y excluidos de las estructuras económicas de la sociedad, poseen una fuerza inagotable para producir vida. Su exigencia —con base en la tradición— al derecho de poseer su propia tierra y a preservar su identidad religiosa y cultural constituyen una gran reserva de vida y ofrecen nueva esperanza a los pueblos del mundo, especialmente a los pobres.

Frente a los modelos sociales impuestos por el primer mundo sobre los pueblos de la periferia, los indígenas exigen ser vistos y reconocidos no a través de la imagen que de ellos tiene occidente, sino a través de la imagen que ellos tienen de sí mismos, para que de esta manera otros los puedan ver como realmente son y quieren ser.

Los pueblos indígenas han sido siempre profundamente espirituales y han vivido en comunión con Dios. En la medida en que sus antiguas culturas puedan mirar al cristianismo —novedosamente— a través de sus propias tradiciones y luchas por la vida y la supervivencia, sus aportes pueden enriquecer grandemente y renovar profundamente a las iglesias y sus teologías. Todo ello ofrece la oportunidad de descubrir y manifestar otros rostros de Dios, conocidos a través de los siglos por los pueblos indígenas, pero no apreciados ni conocidos por las iglesias occidentales. Esta nueva visión enriquecerá grandemente otras tradiciones religiosas del mundo. Mientras que la civilización occidental se autodestruye por la avaricia, la depravación moral, el individualismo y una ética de muerte generalizada, los pueblos indígenas ofrecen nueva esperanza de vida

para estos pueblos agonizantes. Los ritos ancestrales, las tradiciones, los mitos y las utopías de los pueblos indígenas constituyen una importante fuente de energía espiritual. Esta energía es la que ha mantenido con vida al pueblo indígena, y la que ha sustentado su esperanza en medio de las circunstancias más difíciles de su largo y doloroso camino durante muchas generaciones. En el frágil nuevo orden mundial de hoy, que busca desesperadamente alternativas de supervivencia, especialmente para los pobres y hambrientos del mundo, las formas de vida y las creencias de los pueblos indígenas ofrecen una importante fuerza humanizante y, por ende, una importante fuerza de salvación para la supervivencia de nuestra común humanidad

d) Dos veces conquistados, dos veces colonizados, dos veces oprimidos: la lucha hispánica en Estados Unidos

A pesar de haber sido considerados durante muchos años como peregrinos, emigrantes, extraños, extranjeros, comunidades temporales y transitorias, hoy los pueblos hispano-latinos en Estados Unidos se sienten impulsados a trabajar por una recuperación personal y colectiva —que incluye tanto su fuerza espiritual como su energía transformadora— con el fin de afirmar una nueva identidad basada en el reconocimiento de su alteridad. Esta nueva identidad se expresa en su creciente conciencia de ser un pueblo con características propias, con formas propias de entender, comunicar y celebrar la vida. Hasta la fecha, a pesar de que los hispanos en Estados Unidos son alrededor de 20 millones, las estructuras dominantes siguen refiriéndose a ellos como una “minoría”, afectando así no sólo la autocompresión de sí mismos como pueblo, sino también su experiencia de Dios. Por lo tanto, además del sufrimiento —consecuencia del injusto orden actual—, a este pueblo le han introyectado un complejo de inferioridad que perpetúa una actitud servil al servicio de la raza dominante.

Para el pueblo hispano-latino, sin embargo, no se ha desvanecido la esperanza. Aunque la visión religiosa tradicional lo ha alienado de su responsabilidad hacia su propia realidad y destino, la experiencia de fe ha sido y continúa siendo una fuerza que le permite reconocer sus propios valores y resistir a la agresividad causada por la colonización religiosa, espiritual y cultural. La tarea teológica en respuesta a esta situación consiste en fortalecer el potencial transformador del pueblo, así como su solidaridad con otros pueblos, y su capacidad de lucha y resistencia frente a las fuerzas de la muerte.

Celebramos con alegría los signos de que ya está emergiendo el pueblo hispano-latino como un clamor por la vida, pero también como una sonrisa a la vida. Entre estos signos están su negativa a desaparecer entre la mezcla de razas anglo—sajonas, perdiendo así su identidad; su negativa a continuar como extraños y extranjeros en su propia tierra o a conformarse con ser ciudadanos de segunda clase; y, por otra parte, la reafirmación de lo suyo, al comunicarse en

español, *tex-mex*, *span-glish* o *pochó*. De esta forma sí es posible ser parte vital de un pueblo con propia identidad. Encontramos también la reafirmación de la mujer, no sólo como agente de su propio destino, sino como fuerza de cambio con su propia iniciativa y sus formas propias de verbalizar la experiencia de fe; el descubrimiento de que la verdadera identidad consiste en preservar la dignidad humana; la responsabilidad de apoyar a familiares que permanecen en sus respectivos países, lo que incluye un compromiso serio con el mejoramiento de sus condiciones de vida; y la afirmación de que no hay verdadera salvación, si no es colectiva y comunitaria. Nos alegramos del creciente compromiso de fe de aquellos cuyo Dios no es el mismo que aquel en el que, de acuerdo con su moneda, confía Estados Unidos.

e) Movimiento ecológico

En las luchas de los grupos marginados están muy relacionados el compromiso con la renovación de la sociedad y el compromiso con la renovación de la tierra. Pueblos indígenas en todo el mundo y muchos grupos que tradicionalmente han dependido de la tierra y del mar —campesinos, pescadores, trabajadores agrícolas— han mantenido juntas estas dos dimensiones en sus movimientos de liberación. La terca resistencia de las mujeres pobres del ahora famoso movimiento Chipko, en la India, contra la decisión del gobernador de convertir su habitat en una zona de minería, la lucha de los pobres en muchos otros países, cuyo ambiente natural se ve amenazado por las exigencias de la modernización, han hecho muy clara la inseparable relación entre la lucha de los pobres y los asuntos ecológicos. La lucha por preservar la integridad de la creación es parte integral de la lucha por la justicia y la liberación.

Tales movimientos nos recuerdan que la crisis ecológica ha sido causada por el crecimiento industrial y tecnológico, y por el estilo de vida moderno. El modelo occidental de crecimiento industrial es aceptado universal y acríticamente como paradigma de desarrollo, pero la consecuencia inevitable de este desarrollo es la despiadada explotación de la naturaleza y de los seres humanos. Las decisiones que toman sobre productos y tecnologías están influenciadas por las exigencias de una economía consumista, en la que la lógica que controla el crecimiento es la avaricia y no la necesidad. Esto crea desequilibrio entre diferentes sectores y permite la explotación masiva del ambiente rural y natural en beneficio de las clases dominantes. Gran parte del crecimiento orientado a la ganancia y destructor del equilibrio ecológico— es desarrollado y manipulado por multi-nacionales localizadas en Estados Unidos, Europa, Japón y algunos otros países. A menudo utilizan el tercer mundo como mercado para poderosos pesticidas y drogas que han sido prohibidos en sus propios países.

Los movimientos ecologistas, por su parte, exigen una forma alterantiva de desarrollo que ponga un alto a la violencia en contra de la naturaleza y de la

humanidad, y a la explotación sin límite de los recursos no renovables. Estos movimientos están concientizando sobre la forma en que algunos países se ven forzados a cambiar sus bosques y recursos nacionales por la ayuda en el pago de la deuda, y a aceptar deshechos nucleares y químicos de los países ricos, causando así desastres ecológicos masivos. Estos movimientos han generado también una nueva conciencia sobre nuestra dependencia de la tierra. Pertenecemos a la tierra. Compartimos un destino común con la tierra. Esto ha supuesto un desafío a nuestra moderna visión de la realidad, nos plantea una reevaluación de nuestros valores y nos obligará también, posiblemente, a recuperar antiguos valores. Estos movimientos, en fin, están sacando a luz el problema de una humanidad que sepa vivir en relaciones justas con la naturaleza. El impacto de esta percepción sobre nuestra visión de una sociedad alternativa es decisivo para nuestro quehacer teológico. Nuestra propia espiritualidad podrá quedar influenciada por la espiritualidad de los pueblos indígenas, cuyo principio fundamental es la armonía con el universo.

Nuestra teología debe estar —y lo está mayoritariamente— configurada por las corrientes que surgen en los movimientos de nuestros pueblos. Aprendemos de su experiencia de lucha y de su resistencia a la opresión. Bebemos de sus pozos (Gustavo Gutiérrez) los recursos espirituales que los sustentan. Hemos insistido en que nuestro "método es nuestra espiritualidad". Por ello, es correcto afirmar que la espiritualidad del tercer mundo se ha convertido en el punto focal de nuestra reflexión teológica en esta conferencia.

Reflexiones teológicas

a) Una espiritualidad para la vida

La misma palabra *espíritu* es un reconocimiento de que la vida humana está impulsada por un principio más allá del poder y del conocimiento humanos. Al no poder definir adecuadamente la sensación de ser tocados por el más allá, viene en nuestra ayuda la palabra *espiritualidad*, como término apto para expresar que estamos movidos por una energía espiritual que nos aferra a la vida y a vivirla plenamente. Espiritualidad define, entonces, nuestra unión con Dios, con nuestras raíces humanas y con el resto de la naturaleza; define la unión de los unos con los otros, y con nosotros mismos. La espiritualidad es nuestra experiencia del Espíritu Santo, que nos mueve a nosotros y a nuestras comunidades con el propósito de afirmar y generar vida.

Vivimos nuestra espiritualidad como una respuesta creativa al clamor por la vida, al clamor por Dios. Celebramos nuestra espiritualidad con cantos, rituales y símbolos que representan la energía del espíritu, que anima a la comunidad a caminar unida en respuesta a Dios. Toda la existencia es espiritual, la forma de vida de los pueblos del tercer mundo es espiritual. Las tradiciones espirituales

de los pueblos indígenas —americanos nativos, aborígenes, maoris, dalits, tribus de India y africanos negros de África— son un recuerdo poderoso de este hecho. La espiritualidad de estos pueblos reconoce la "personalidad" de cada elemento de la creación y lleva, por ende, a un profundo respeto por la naturaleza. Los pueblos están enraizados en la naturaleza y por lo tanto viven una vida de dependencia recíproca con el resto de la creación. Hay una fuerza de vida que los impulsa a buscar la gloria de Dios y de la creación a través de la búsqueda de la gloria de toda la humanidad. Hacer esto es buscar una humanidad plenamente viva. La espiritualidad aparece, entonces, como lo que alimenta una reflexión teológica generadora de una visión más inmediata y alcanzable de un mundo justo y pacífico.

En la espiritualidad no hay lugar para el romanticismo. Es un clamor por la vida, es la fuerza para resistir a la muerte y a los agentes de la muerte. Espiritualidad es el nombre que damos a todo aquello que nos da fuerza para seguir adelante, porque es la seguridad de que Dios está en la lucha. La espiritualidad hace referencia a la resistencia del pueblo en contra de la deshumanización y otorga sentido a la búsqueda del autodescubrimiento, la autoafirmación y la autoinclusión, pues en cada uno de nosotros, miembros de la comunidad humana, surge la urgencia de vivir y de vivir plenamente como seres humanos. Espiritualidad es la fuerza del llamado a la vida, que lleva a los americanos nativos a crear rituales que generen vida.

Esta búsqueda de vida se intenta realizar en un ambiente que esté impregnado de la justicia y de la gloria de Dios, y que las refleje. Nuestro lenguaje sobre espiritualidad utiliza expresiones tales como "espiritualidad de la liberación, espiritualidad de la lucha, espiritualidad del compromiso, espiritualidad del combate". El uso actual del término espiritualidad no nos desplaza, pues, al mundo venidero, sino que nos lleva a la justicia aquí y ahora. La espiritualidad no es un llamado a alejarse de la vida, sino que es la fuerza de vida que nos anima a practicar la justicia y a resistir el mal. Estamos hablando, pues, de la espiritualidad de Jesús, fuente de justicia y rectitud.

¿Cuáles son las fuentes de esta espiritualidad en los pueblos indígenas? Ante todo, encontramos experiencias y praxis espirituales que revelan a Dios en la creación. Su espiritualidad está enraizada en la tierra, y por eso, cuando a estos pueblos se les aliena de su tierra, ello es causa de muerte espiritual y hasta física. La violación de su espacio y de su habitat se convierte en la violación de los valores espirituales que mantienen unido al pueblo. En el África negra, las religiones cósmicas, alimentadas por la cultura popular, han producido y suministrado una espiritualidad que ha pervivido en los pueblos afro-caribeños. El pueblo africano nos llama a una fuerza-de-vida, que vive en el seno de la tierra y que es eficaz. La vida es hoy celebrada con y a través de mitos y símbolos, lo que permite la construcción en este mundo de un mundo más allá de la opresión,

una celebración de la esperanza. Es una espiritualidad que crea y mantiene la comunidad, y el reconocimiento de este hecho nos obliga a compartir espiritualidad a través de las religiones, dondequiera que se busque la justicia y la plenitud de vida, compartiendo y preocupándonos unos de otros. Esta es una forma de resistir a la muerte y de luchar por la vida de toda la humanidad —hombres, mujeres, niños— y de toda la creación. El clamor por el equilibrio, la armonía, la mutualidad y la reciprocidad surgen del vientre de la vida, es el espíritu que gime para dar a luz una nueva humanidad y una nueva comunidad. Por ello, en cualquier comunidad de mujeres y hombres que extienden sus manos en busca de vida y que se resisten a la muerte, la oración se convierte en una amenaza para aquellos que violan la vida.

La autenticidad de nuestra espiritualidad se verifica en nuestro compromiso con la lucha y con la teología que surge de ella. Por ello, el contexto de nuestra vida afecta a nuestra espiritualidad y a nuestra teología. El consumismo y la contaminación nos tienen presos. Nos enfrentamos constantemente a la pugna entre ideas en conflicto. En el contexto de la creciente amenaza a la salud y a la vida misma, sólo podemos recurrir a los recursos espirituales profundos, como hijos de Dios que somos. Las fuerzas de fragmentación amenazan con crear en nosotros una pasividad que niega la vida. Esto es a lo que nos resistimos, porque la espiritualidad está en relación esencial con el compromiso por la vida.

b) El Jesús de la fe

Como cristianos, nuestra espiritualidad está enraizada en la espiritualidad de Jesús, así como nuestras luchas por la liberación están enraizadas en nuestra experiencia de Jesús, que nos despierta a la necesidad de la lucha y nos capacita para mantenerla. Esta experiencia de Jesús, en cuanto potenciador, no proviene del Cristo de los dogmas cristológicos, que tiene poca relevancia para la vida, sino del Jesús que encontramos en los evangelios. Ese Jesús es el que experimentó los conflictos que nosotros enfrentamos, el que vivió el sufrimiento al igual que nosotros, el que compartió nuestras alegrías y tristezas, y el que se mantuvo fiel a su misión, aun cuando eso lo llevó a la muerte en la cruz.

Hoy hay que identificar los muchos rostros de Jesús que encontramos en las experiencias de nuestros pueblos. Ellos nos proporcionan una auténtica guía para interpretar el misterio de la realidad de Jesús, nos ayudan a evitar caer en la trampa del abstraccionismo intelectual y nos ayudan a enraizarnos en la realidad del pueblo.

Seguir al Jesús de la fe es, en primer lugar, seguir a aquel que critica sin descanso las relaciones de poder en las estructuras sociales que engendran injusticia y opresión. En segundo lugar, es seguir a aquel que cree necesario asumir en comunidad nuestra visión de una sociedad nueva y más justa, y que nos llama también a tener rigor y disciplina para poder llevar a la práctica esa visión

del mundo. En tercer lugar, seguir al Jesús de la fe significa seguir a aquel que se dedicó a dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y luchar por la liberación del pueblo oprimido.

Pero si el Jesús que encontramos en los evangelios como nuestra inspiración y fuente de fuerza es visto meramente como un Jesús humano, podríamos preguntarnos por qué seguirlo a él, y no a algún otro líder espiritual como Mahatma Gandhi o Martín Luther King. En última instancia no hay respuesta a esta pregunta fuera de nuestra fe.

Para nosotros Jesús es Señor —y enteramente Señor—, pero esto no significa que tengamos que imponérselo a todos los demás. Aunque creemos que Jesús nos pone en contacto con Dios —de modo que Dios está presente en El para nosotros—, el misterio absoluto de la divinidad no lo podemos entender completamente sólo en Jesús. Dios está más allá de nombre y forma, y las muchas concepciones que podamos tener acerca de El no pueden, ni solas, ni todas juntas, agotar el misterio del ser de Dios.

Nuestra cristología, por lo tanto, no puede ser una cristología imperial, tal como la que se desarrolló en la época posconstantiniana o como aquella que nos fue traída por el cristianismo colonial, que negaba a otras religiones y a otras culturas su derecho a existir, y pretendía tener el monopolio de la salvación. Las palabras de Jesús no son las palabras triunfalistas del Cristo imperialista del cristianismo colonial, sino que son palabras de amor y de servicio. El viene para que tengamos vida y vida en abundancia. El viene para que seamos uno. El viene no para ser servido sino para servir y dar su vida para el rescate de muchos (Jn 1, 10; Mc 10, 45).

Quienes han venido después de Jesús son los que le han dado títulos religiosos y lo han convertido en un Cristo militante conquistador. Pero esta comprensión de Jesús tampoco concuerda con nuestra experiencia de lucha ni con la espiritualidad del tercer mundo. En nuestra lucha por la liberación hemos descubierto un mismo compromiso en personas de diferente fe, y nuestra vida religiosa como cristianos del tercer mundo es vivida, de hecho, como producto de dos grandes tradiciones: la tradición cristiana y las tradiciones de nuestras religiones indígenas.

c) La biblia, la vida y las tradiciones del pueblo

De forma semejante, también la lectura y la interpretación de la biblia deben realizarse dentro de un contexto de vida. Los pobres leen la biblia en el contexto de sus luchas y de sus culturas, como mujeres, como cristianos del tercer mundo y como pueblos indígenas. Lo hacen en sus comunidades animados por su espiritualidad. En el pasado le hemos leído la biblia al pueblo. Ahora, el pueblo la lee por sí mismo. La biblia empieza a tomar vida en la vida del pueblo y la

vida del pueblo trae vida a la biblia.

Durante muchos siglos la biblia se ha interpretado desde el punto de vista de la cultura occidental patriarcal y dominante. La biblia fue utilizada como instrumento para la conquista espiritual de América, África y Asia. Y continúa siendo un instrumento de opresión de clase, raza y género para los pueblos del tercer mundo.

Los pueblos están ahora liberando a la biblia de esas interpretaciones erróneas y están recuperando su texto, su historia y su inspiración en base a su propia tradición de revelación y salvación.

Dios ha revelado su naturaleza y su ser desde el principio de la creación, y Dios continúa revelándose en la naturaleza, en las culturas de los pueblos y en las tradiciones religiosas. La revelación siempre ha sido vida, y ha sido eficaz en la vida y en las religiones y culturas de los pueblos indígenas, en los movimientos de liberación y en las luchas cotidianas de los oprimidos. Esta revelación es el primer libro de Dios. Dios nos dio la biblia como un segundo libro para revelar la plenitud de la palabra de Dios y para transformar el cosmos y la vida de nuestro pueblo en una epifanía de la presencia de Dios. El mismo Espíritu Santo es el que nos guía en el descubrimiento de la revelación de Dios en nuestra existencia personal y en nuestra comunidad.

La biblia constituye una memoria y una conciencia histórica de los pueblos. Ellos mantienen su tradición y la releen continuamente para descubrir a Dios en situaciones cambiantes. En la misma biblia podemos ver la lucha del pueblo contra la manipulación de los escribas y maestros de la ley. La biblia nos enseña a releer los textos que son opresores para cada nuevo contexto. La biblia es autocrítica y tiene la capacidad de revelar los elementos opresores en la vida, en las tradiciones y en las culturas de nuestro pueblo.

La biblia es leída e interpretada en el tercer mundo de forma comunitaria. La comunidad se apropia de la biblia con un espíritu de oración, de fe y de celebración. Esto le permite al pueblo un discernimiento crítico de la sociedad y de la Iglesia. Nos sentimos animados al ver la contribución que han hecho las mujeres a este movimiento con su relectura de la biblia.

d) Compromiso

Así como nuestro método está encarnado en nuestra teología, también nuestra espiritualidad está encarnada en nuestro compromiso con el trabajo por la liberación de los oprimidos.

(Samuel Ryan)

La crisis de compromiso es una realidad para los pueblos del tercer mundo.

Mientras nuevos gobiernos asumen el poder con promesas de una vida mejor, los movimientos populares son silenciados. Mientras líderes políticos prometen justicia, el pueblo está confundido. ¿Qué deben hacer los pueblos de las Filipinas y de Corea del Sur ahora que han sido derrotados regímenes opresores, pero han asumido el poder otros que no hacen realidad su ideal en favor de la vida? ¿Qué deben hacer los estudiantes que protestan en Sur Africa, mientras pláticas de "alto nivel" definen lo que debe ser una Sur Africa más "democrática"? ¿Qué deben hacer los pueblos de Nicaragua y Haití al enfrentar un sinnúmero de obstáculos en su esperanza y lucha por la liberación? ¿Qué significa estar comprometido cuando los gobiernos hablan continuamente de libertad, de justicia y de democracia, pero la conceden sólo a algunos?

La situación del mundo cambia constante y rápidamente, lo cual nos fuerza a examinar la naturaleza del compromiso. "Compromiso" es una conversión radical al Dios de la liberación y de la vida. Esta conversión está en sintonía con la voluntad de Dios para con el mundo. A veces, esta conversión obliga a las personas a luchar, otras veces, la conversión emerge de la lucha, y para otros es una experiencia continua. Lo importante es que esta conversión se haga realidad. Conversión no es meramente algo que ocurre en relación con una Iglesia institucional, una religión particular o un sistema social. Conversión es una entrega al Dios de justicia, de paz y de vida. La experiencia radical de conversión es lo que ayuda a mantener nuestro compromiso con el reino de Dios. La conversión hace significativo el compromiso porque lo transforma en un compromiso para cambiar radicalmente al mundo.

Comprometerse con la lucha por la vida del pueblo es comprometerse con un mundo donde habrá justicia, libertad y una nueva actitud de respeto hacia la creación. Estar comprometido significa no sólo estar satisfecho con la resolución de los conflictos regionales y nacionales. Comprometerse significa no vender nuestro ideal a cambio de ninguna ganancia personal. Comprometerse significa mantenerse firme hasta que todo aquello que amenaza la plena humanidad de cualquier persona haya quedado destruido.

El compromiso varía según el contexto específico de la lucha. Para un ghanadiense puede significar hablar en favor de los derechos de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. Para un americano-mexicano puede significar llevar a un grupo de hombres y mujeres pobres a obstaculizar las funciones diarias de un banco local. Para un filipino puede significar movilización para eliminar de sus tierras las bases militares estadounidenses. Para un coreano del sur puede significar trabajar para la reunificación del pueblo coreano y la paz.

El compromiso tiene un precio. Puede traer hostigamientos, marginación, sanciones eclesiales, detención, tortura y hasta muerte. Estar comprometido significa que ningún precio es demasiado alto cuando nos unimos a la misión de Dios para hacer de este mundo un lugar donde sea valorada la vida de toda su creación.

Dentro del marco del compromiso con la justicia pueden existir diferencias legítimas de estrategia y de prioridades para alcanzar la meta. Nuestra tarea no es juzgar los compromisos de otros con la justicia. El clamor por la vida nos desafía a afirmar continuamente nuestro compromiso de transformar la realidad para que abunde la vida.

Un desafío específico: 1492. El principio del nuevo orden mundial actual

Durante las dos últimas décadas del siglo XV nació “un nuevo orden mundial”. Los portugueses viajaron alrededor del Cabo de Buena Esperanza hasta llegar al Océano Indico (1485), Colón llegó a las islas del Caribe en su búsqueda de las “Indias” y Vasco da Gama llegó a Mombasa, en Kenya, en su viaje a Calicut, India (1498). Poco después, Francia, Inglaterra, Holanda y otros países de Europa empezaron a competir en sus esfuerzos por conquistar, colonizar, misionar y explotar a los demás continentes y sus pueblos.

¡Africa, las Américas y Asia estaban destinadas a ser absorbidas en este nuevo orden mundial europeo! El creciente comercio de Europa, fortalecido por su poder militar, político y económico, impuso su cultura y sus tradiciones religiosas sobre los demás pueblos del mundo.

En el momento en que las élites gobernantes de España, Inglaterra y otros países europeos están celebrando 1992, el “descubrimiento de América” y el “encuentro entre dos mundos”, los pueblos nativos de las Américas están lanzando otra campaña: “500 años de resistencia indígena, negra y popular”. Este “encuentro entre dos mundos” fue experimentando por los pueblos indígenas de las Américas no como un encuentro, sino como un genocidio trágico. Un poeta maya quiché describió la llegada de los españoles a Guatemala en 1528 de la siguiente manera:

Nos enseñaron el temor.
Vinieron solamente a marchitar las flores.
Para que sus flores se abrieran
dañaron y se tragaron nuestra flor.

En Africa los europeos provocaron el nacimiento de la esclavitud moderna con un fuerte incremento de la tradicional trata de esclavos islámica. Esto sucedió al abrirse el “pasaje central”, la trata de esclavos del Atlántico. De acuerdo con Lerone Bennett Jr., historiador africano americano, en su libro clásico *Antes del Mayflower*, el período entre 1444 y 1850 es un período en el que los africanos perdieron aproximadamente 40 millones de personas, muchos de las cuales murieron en Africa durante y después de su captura o en naves en el “pasaje central”. Sur Africa fue colonizada y la tierra fue arrebatada forzosamente a los

africanos por los colonizadores. Y fue creado el abominable sistema del *apartheid*. También durante esta época los asiáticos, lo que hoy conocemos como las Filipinas, fueron llevados a México como esclavos.

Desde entonces la humanidad quedó dividida en dos: blanco-cristiano-europeo *versus* todos los demás. Civilización y cultura occidental *versus* todos los demás. Tradición académica occidental *versus* todos los demás. Sistema capitalista *versus* todos los demás. Pueblos blancos *versus* todos los demás. A pesar de que ellos también constituían una variada amalgama de fuerzas, los hombres blancos europeos comenzaron, de allí en adelante, a comprenderse a sí mismos y su forma de vida como normativa para todos los demás pueblos del mundo. Se vieron a sí mismos como los maestros naturales de todos los demás, quienes, por la "eterna voluntad de Dios", habían nacido seres inferiores y, por lo tanto, habían desarrollado formas de vida que estaban basadas en religiones falsas.

A través del proceso de modernización, Europa y más tarde Norte América llegaron a estar tan convencidas de su propia superioridad que llegaron a elaborar doctrinas históricas, filosóficas y teológicas sobre la desigualdad fundamental de las razas, lo que fomentaría la legitimación moral del colonialismo con todos sus mecanismos de explotación de las colonias y de sus pueblos.

Por lo que toca a la expansión de la fe cristiana, se unieron la cruz y la espada. La evangelización vino a África, América y Asia apoyada y defendida militar y políticamente. El colonialismo, por lo tanto, fue justificado, en términos generales, por la religión. Muchos de los primeros misioneros se opusieron a la violencia del sistema esclavista y a la explotación de los pueblos indígenas en América, pero la religión cristiana fue parte esencial del orden colonial. Por ende, hasta los mejores entre los misioneros fueron en realidad agentes de la mayor violencia: la destrucción de los sistemas religiosos, de las raíces interiores de la vida de los pueblos.

Y cuando los misioneros se opusieron a los colonizadores, fueron perseguidos y expulsados de sus misiones. Así, por ejemplo, los proyectos de los jesuitas en Guaraní y Paraguay fueron simplemente destruidos. Esta connivencia del cristianismo occidental, católico o reformado, con los poderes coloniales acarreo la legitimación religiosa de la esclavitud negra y produjo una teología de la esclavitud en lugar de ofrecer un evangelio de la liberación.

De este modo, la evangelización como conquista espiritual, especialmente la caecida después de conquistas militares, distorsionó el evangelio e hirió profundamente la vida espiritual indígena. Así respondieron en México los teólogos aztecas a los misioneros franciscanos:

¡Déjennos morir!
¡Déjennos perecer!
Porque nuestros dioses están muertos

La búsqueda de alternativas

a) Más allá del capitalismo y del socialismo

Las expresiones históricas del socialismo han fracasado en Europa oriental y en la antigua Unión Soviética, pero no por ello podemos aceptar como orden social del futuro al capitalismo internacional, un capitalismo que está dominado por las compañías transnacionales y los principales países capitalistas. El capitalismo desenfrenado, con su énfasis en la tecnología y en la productividad, no ofrece un futuro aceptable para las grandes masas de pobres y para la naturaleza. Ofrece, más bien, el ambiente propicio para el crecimiento de un insidioso racismo.

Por ello, nos comprometemos en favor de una forma de organización social más comunitaria y responsable que asegure la vida de todos y utilice con cariño los recursos de la naturaleza.

En nuestra búsqueda de alternativas reafirmamos algunos valores fundamentales, que nos pueden ayudar a evaluar y corregir las deficiencias de toda experiencia histórica.

Cada sociedad debe esforzarse por asegurar un crecimiento económico sostenido que logre cubrir las necesidades humanas sin la explotación de las personas ni de la naturaleza; una justa distribución de ingresos y de riqueza sin desanimar la iniciativa ni la remuneración justa por el trabajo; un comercio justo con y entre las naciones sin permitir que unos cuantos oligopolios controlen y manipulen los mercados de recursos y de productos; los derechos civiles y políticos, así como los derechos económicos, sociales, culturales y religiosos de todos, especialmente de los pobres y marginados; la justicia social internacional basada en relaciones de solidaridad y mutualidad.

Esto requiere un continuo esfuerzo para solucionar las necesidades básicas de todos: comida, trabajo, tierra, vivienda, salud, educación y recreación. La máxima participación democrática de todas las personas a todos los niveles es, por otra parte, una forma de tratar con dignidad a todas las personas y a todos los grupos, de otorgar espacio a la identidad ética y cultural y al desarrollo espiritual, de promover relaciones de mutualidad independientemente del género u orientación sexual, así como de —al menos— reducir la explotación, la competencia y el desperdicio.

No nos compete a nosotros ofrecer modelos para planificar estructuras para el desarrollo futuro en todo el mundo, pero estamos más convencidos que nunca de que el poder y la fuerza del futuro deberán surgir de la experiencia de supervivencia y resistencia, acumulada por los pueblos pobres y oprimidos, y por las culturas marginadas y subyugadas.

Junto a los movimientos populares, que surgen por todo el mundo, podemos hacer esfuerzos para influir en los diferentes sistemas sociales y en las áreas de la vida social de acuerdo a los valores que ya tenemos, corrigiendo las tendencias no saludables. Instamos a un nuevo estilo de política y a un tipo de relaciones en el que las personas puedan verdaderamente realizarse y no sean explotadas y deshumanizadas. Tanto la empresa privada como la pública deben ser eficientes, significativamente productivas y socialmente responsables. Individuos, empresas, élites y todos aquellos que tienen poder, tienen que estar sujetos a las exigencias superiores del derecho a la vida de todas las personas y del bien común de la humanidad. Debemos resistir los esfuerzos de "privatización" que estén motivados meramente por presiones capitalistas. El sector público necesita, a menudo, ser purificado para poder servir al pueblo.

Debemos trabajar para que se controle eficazmente la acumulación de la utilidad privada por parte de las empresas y la acumulación del poder por parte de los gobernantes. Esta es la tarea más difícil y desafiante en la actual situación mundial, y aún más con el llamado "nuevo orden mundial" capitalista.

Las compañías transnacionales deben ser controladas eficazmente por el sector público, tanto a nivel nacional como internacional, por medio de la presión popular. La empresa privada, especialmente en países pobres, y agencias internacionales, tales como UNCTAD y GATT, pueden ser agentes valiosos para construir un poder contrario al de las transnacionales y al de los poderes políticos mundiales que explotan y dominan a los pobres. El movimiento no alineado debe ser fortalecido para llevar a cabo esta tarea.

Dentro de las naciones, los gobernantes y las élites deben ser forzados a servir al pueblo y a no abusar del poder en convivencia con las transnacionales y los poderes extranjeros, quienes a menudo se presentan como donantes de ayuda.

b) El poder del pueblo

En la actual situación nacional y mundial, un compromiso claro y constante de alianzas entre los movimientos populares puede generar prácticas que lleven a conseguir las metas propuestas. La magnitud de la crisis y su naturaleza global pueden motivar a estos movimientos en todos los países a trabajar juntos para salvar a la humanidad de su miseria actual.

Como organización de teólogos, podemos contribuir participando en los es-

fuerzos del pueblo, aprendiendo de ellos y apoyándolos con nuestra fe, análisis y compromiso.

Necesitamos trabajar en todos los lugares para compartir con los movimientos ya existentes, para ayudarles a formarse y fortalecerse, y a relacionarse con grupos y movimientos populares desde sus necesidades más sentidas. Estos grupos humanos y cristianos de base pueden ser el fundamento de movimientos populares a nivel nacional y global.

Para ello necesitamos desarrollar metodologías de análisis de coyuntura a todos los niveles, determinar las causas más profundas de nuestros problemas y las formas de promover compromisos prácticos que no caigan en el desánimo ante la oposición y las dificultades.

El corazón de nuestra fe, de otras expresiones de fe y otras creencias pueden ser una gran inspiración para este tipo de compromiso. Podemos entablar relaciones entre las diversas expresiones de fe, a la vez que corregimos mutuamente las tendencias no liberadoras en cada una de ellas.

Frente al enorme poder de las fuerzas de la explotación y la destructividad de la guerra y la violencia, debemos elaborar medios eficaces de resistencia. Nuestra mayor esperanza está en la creación de una sociedad no violenta. Experiencias recientes han demostrado cómo los gobiernos, y hasta los superpoderes, pueden ser influidos e impactados por movimientos populares organizados y no violentos.

Podemos participar en los movimientos populares que luchan por la justicia en las relaciones de género, raza, etnias y grupos sociales, entre culturas y religiones, y con la naturaleza. La esperanza para el futuro está en la convergencia de estos esfuerzos hacia las metas propuestas y en contra de la explotación conjunta de los superpoderes económicos, políticos, militares y culturales. Nuestra esperanza está, especialmente, en nuevos movimientos, como los de las mujeres, los indígenas, los negros, los pobres del sector urbano, campesinos, dalits y otros. Los movimientos ecologistas, en efecto, ya han logrado impedir en ocasiones que compañías y gobiernos dañen la naturaleza. Los movimientos de mujeres han contribuido grandemente a proteger los derechos humanos contra el abuso sexual, y han trabajado por la paz en y entre las naciones.

Trabajando a nivel local y nacional podemos generar movimientos populares para la reforma de las Naciones Unidas y sus agencias, como el consejo de seguridad y UNCTAD. Es imperativo que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial respondan, al menos, a los gobiernos de todas las naciones, y no estén dominados —como lo están actualmente— por los países ricos en perjuicio de los pobres del mundo.

Como movimiento de teólogos, nos esforzaremos por desarrollar teologías relevantes para comprender y responder a esta crisis humana global. Nuestra

respuesta al clamor por la vida puede ser —en parte— un esfuerzo por transformar la mentalidad y los valores de los cristianos, de modo que se conviertan en verdaderos discípulos de Jesús. Trataremos de influir en la reflexión cristiana, la vida espiritual y la acción práctica en nuestras comunidades y países, y a nivel internacional.

Durante los próximos cinco años debemos llevar a cabo un intenso programa en esta dirección e influir en las iglesias como organizaciones globales que pueden contribuir verdaderamente al surgimiento de mejores relaciones humanas a todos los niveles. Las iglesias, motivadas y movilizadas, tienen un gran potencial para responder significativamente al clamor del pueblo. De esta forma ayudaremos a cumplir el mandato de Jesús de llevar el mensaje de amor y servicio a todos los pueblos del mundo.

El arrepentimiento y la corrección fraterna de los cristianos, especialmente de los ricos y de los de culturas dominantes, puede ser un testimonio significativo de nuestra fe. Hay que fortalecer el diálogo entre las religiones y fomentar la colaboración entre personas comprometidas con la justicia en todos los lugares, sin importar sus creencias religiosas particulares.

En todo ello honramos la memoria de numerosos mártires que han dado su vida en las últimas décadas por la liberación de los pobres y oprimidos, y nos comprometemos a esforzarnos por contribuir con nuestra "mita" conjunta en favor de esta causa.

Confiamos en que el poder organizado del pueblo, resistiéndose a la ilusión del "nuevo orden mundial" mientras pasa por la noche de resistencia, abra las puertas a un nuevo amanecer en el que triunfe por encima de las formas actuales de explotación y nos lleve a todos hacia un mundo más vivible y humano.

Esto exige un precio de cada uno de nosotros. Es el llamado de Jesucristo a sus discípulos a cargar con su cruz y caminar hacia un futuro mejor para todos.

Precisamente para este caminar hacia el futuro, escuchando y respondiendo al clamor por la vida de nuestro pueblo, necesitamos una espiritualidad de acuerdo con nuestras convicciones de fe, por un lado, y con nuestro compromiso con las aspiraciones de nuestro pueblo por el otro.

* * *

**Vemos el espíritu en el antiguo
Llamándonos al silencio, a escuchar
El ritmo embrionario de la vida
Vibrando, resonando, abrazando**

Vemos el espíritu en el agua
Limpiando nuestro cuerpo, sanando nuestra alma
Bebemos de la misma copa
Renovando, sosteniendo, rellenando

Vemos el espíritu en el fuego
Irrumpiendo con pasión, como un volcán
Nuestra ira contra la injusticia
Quemando, resplandeciendo, extendiéndose

Vemos el espíritu en el círculo
Aprendiendo la danza de María, dando los primeros pasos
En solidaridad con toda mujer

Vemos el espíritu en los colores
Enorgulleciéndonos de nuestra cultura, nuestros ritos
Negro, amarillo, café y blanco
Celebrando, viviendo, regocijando

Vemos el espíritu en nuestra unión
Confesando nuestro quebrantamiento, nuestra división
Nos ofrecemos esperanza los unos a los otros
Visionando, luchando, potenciando.